

9 de marzo de 2024 - Sábado de la tercera semana de Cuaresma

[Oseas 6:1-6; Lucas 18:9-14](#)

### Homilía

Al principio de cada celebración eucarística, confesamos nuestros pecados y pedimos el perdón del Señor. ¿Es siempre algo más que una mera formalidad religiosa? ¿Somos sinceramente conscientes de que somos pecadores? Por supuesto que sabemos que hemos cometido algunos pecados. Normalmente, ya los hemos acusado en confesión y han sido perdonados. De hecho, sabemos que han sido perdonados por Dios desde el momento en que nos arrepentimos. Pero ser pecador es algo más que haber hecho tal o cual pecado. Podemos ser conscientes de ser buenos cristianos o no tan malos monjes, más que conscientes de ser pecadores...

Es peligroso ser un buen cristiano, y quizás aún más peligroso ser un buen monje. Es a la gente buena como nosotros a la que Cristo dijo que las prostitutas y los recaudadores de impuestos irían delante de ellos al reino de los cielos.

El Evangelio de hoy nos habla de un publicano y un fariseo. ¿Qué era un publicano? Los publicanos eran judíos que aceptaban ser funcionarios de las autoridades romanas en la época en que Judea estaba bajo ocupación romana. Un poco como los colaboradores en Francia o Bélgica durante la última guerra mundial. Fueron considerados pecadores públicos porque aceptaron una autoridad distinta a la establecida por Yahvé y, por tanto, fueron considerados traidores a su pueblo. Además, se les consideraba ladrones porque al recaudar impuestos exigían sumas más elevadas para complementar los escasos salarios que recibían de las autoridades romanas.

La parábola de Jesús dice que un fariseo -por tanto, un hombre religioso- y un publicano suben al Templo a rezar. El fariseo está rezando realmente; y, según nuestra forma de pensar, su oración podría considerarse humilde: "Dios mío, te doy gracias porque no soy como los demás hombres; son ladrones, injustos, adúlteros..." Da las gracias. Así que es consciente de que es por gracia lo que es. Le reza a un dios allá arriba en el cielo. En cuanto al publicano, no reza a ese Dios de ahí arriba en el cielo. Ni siquiera se atreve a mirar al cielo. Simplemente dice: "Dios, muéstrame tu favor a mí, que soy un pecador. "

Ambos rezaron. El recaudador de impuestos bajó a su casa como un hombre justo, pero el fariseo no. ¿Por qué? ¿Cuál era la diferencia entre ambos? Ambos rezaron. ¿Fue la oración de este último

mejor que la del primero? Tal vez sea así. Pero creo que la verdadera razón del diferente resultado de su oración es que no estaban rezando al mismo dios. Siempre tenemos la tendencia a hacer un dios a nuestra imagen y semejanza, un dios que se ajuste a nuestra medida y sobre todo a nuestras necesidades. El dios del fariseo era el dios que le había dado sus virtudes, que le había hecho mejor que el resto de los hombres. Este dios no existe. Es un ídolo. Así que el fariseo no creía realmente en Dios, sino que, como dice el evangelista Lucas, creía en su propia justicia.

El publicano, en su humildad y pobreza, no tenía ninguna imagen de Dios. No había construido un Dios para sí mismo de acuerdo con sus necesidades. No habló con un Dios allí arriba. Ni siquiera se atrevió a levantar la vista. Se miró a sí mismo y vio que era un pecador y que, por lo tanto, necesitaba curarse. "Dios, muéstrame tu favor como pecador. Y recibió una nueva vida porque estaba abierto a ella. Había encontrado a Dios en la experiencia misma de ser pecador.

San Pedro nos dice en su Carta que debemos estar preparados para dar cuenta de nuestra esperanza. Preguntémonos esta mañana en qué se basa nuestra esperanza. ¿En nuestra convicción de ser justos, como los fariseos, o en nuestra fe en la misericordia de Dios? ¿Nuestra fe es la del fariseo o la del recaudador de impuestos? No olvidemos que Lucas escribe que Jesús contó esta parábola "a algunos que estaban convencidos de ser justos".

Armand Veilleux